

Salchichas crudas

*...que responde a las iniciales A.M.M.,
fue puesto a disposición judicial.
(Cualquier diario)*

A.M.M. tiene pensado cagarse en el día que su despertar sea feliz. Cuando compró el despertador, le dijo al relojero, un tío con cara de no dormir bien, que esa mariconada de *pipipipí* no lo despertaría ni aunque se pegara el cacharro a la oreja con esparadrapo. Se equivocó. Si el relojero pudiera verlo se partiría de risa cada mañana. El *pipipipí* parece inofensivo cuando lo oyes despierto, pero dormido es una aguja que te pespuntea la parte del cerebro encargada de que la gente se despierte. A.M.M. se despierta. Lo malo es que ni siquiera tiene un buen motivo. Lo peor es que el único motivo que tiene es un motivo asqueroso. Apaga el *pipipipí* y se sienta en la cama. Se consuela pensando que peor están éstos, los que oye todas las mañana desde que la conducción de la mierda se averió en su calle, hace una semana. Más esclavo que el suyo es el trabajo de los albañiles, eso por descontado. A.M.M. enciende un cigarro y se asoma a la ventana para verlos y terminar de despertarse, completamente empalmado. Se da gusto contra la pared mientras mira a los albañiles. Metidos en la enorme zanja apestosa, encima tienen que soportar la cuadrilla de viejos mirones alineados en las aceras. Los viejos ya llevan rato allí plantados cuando los obreros llegan. Se pasan todo el día mirándolos trabajar mientras les viene o no les viene la muerte, señalando cosas con sus garrotas. Es como si estuviesen aguardando a que les terminen de cavar la tumba para dejarse caer dentro. Una tumba que ya huele mal. Algunos viejos dan instrucciones a los albañiles, les dicen cómo tienen que hacer su trabajo. Maricarmen le contó que, ayer, un albañil gitano, aquél renegrido de allí, tuvo una pelotera con un viejo porque el viejo, al parecer, no hacía más que echar escupitajos en la zanja, cerca de donde el albañil curraba. El gitano lo mandó a tomar por el culo y, como el viejo le dijo que él escupía donde le salía de los cojones, hizo amago de darle

con la azada en las piernas. A A.M.M. le hubiese gustado mucho presenciarlo desde aquí. Ahora ellos trabajan, los viejos miran, la gente pasa y él se la menea asomado a la ventana, algo feliz, algo feliz... Es otoño. Hasta su barrio llegaría el olor húmedo y fresco de este día otoñal si no fuera por la peste que exhala esa cañería rota. Maricarmen le pone el café en la cocina, sin buenos días. El niño, frente a A.M.M., babosea una galleta. Da asco. Lo observa y piensa en liarse a hostias con él. No lo hará nunca, pero lo piensa. Las ganas están tan dentro de A.M.M. que es muy difícil que salgan fuera alguna vez. Maricarmen no le habla, se cree que eso le afecta, es más infeliz que un pavo. Anoche se fue a dormir con su hijo. Lo de siempre. Dice que la viola, pero en qué cabeza cabe. Es su esposa, la quiere con locura, daría cualquier cosa con tal de hacerla feliz, y se la folla cuando le apetece. Que a ella no le apetezca es normal, cada vez menos, no piensa más que en el niño, en que está malo, en que está malo, todo el día preocupada, pero no lo lleva al médico. De acuerdo, no le apetece follar, el niño está malo y tiene miedo de que el médico se lo confirme, de que le diga que lo que tiene el niño es peor de lo que ella cree, pero que se abra y se quede quieta, que se duerma si quiere. A él no le hacen falta apasionamientos. Si no se moja, para eso compró la crema. Y que no me lllore, hostia, que no me lllore. Cuando Maricarmen se pone a llorar, a A.M.M. le cuesta dios y ayuda correrse, es peor para ella. A.M.M. no quiere el café, se levanta arrastrando la silla violentamente. Maricarmen no se vuelve, lleva una hora cortándole el pico al tetrabrik de la leche. A.M.M. le hace dos cucamonas al niño, lo besa en la cabeza sonoramente y se va. Adiós, José Carlos, golfante, le dice. Que crea Maricarmen que está empezando a quererlo. Que vea que no es tan malo.

En el autobús, entre las mismas o parecidas caras de ayer, A.M.M. charla con Esteban. Este hijoputa sí que tiene un trabajo estupendo, jefe de almacén de papelería. Él dice dónde hay que poner las mercancías y otros las cargan y las colocan mientras él rellena papeles, que es igual que tocarse los cojones. Y gana ciento treinta. A veces dice que se aburre y coge el toro un rato y le da un paseo a un palé por el almacén, para recordar sus tiempos de mozo, de don nadie. Si no se entretiene, A.M.M. casi siempre coincide en el autobús con Esteban. Esteban se sube dos paradas antes. Si es lunes, hablan de fútbol. Pero si no es lunes hablan de fútbol,

de dinero, de política, de mujeres, del tiempo... Hoy tocan las obras de la calle en que vive A.M.M. Le cuenta lo del gitano y el viejo. Esteban se pone de parte del viejo. Lo que le importará al gitano que le escupan al lado, dice, viviendo como viven los gitanos, lo que pasa es que el gitano estaría encabronado por algo y tenía ganas de follón, si conoceré yo a esa gente... Si no te la dan a la entrada, te la dan a la salida. Un poco lleva razón Esteban, piensa A.M.M. Hombre, no digo yo que si le hubieran escupido encima..., entonces se rebota cualquiera, pero al lado... A.M.M. siempre le recuerda a Esteban que le debe un cacharro de esos para meter los bolígrafos, uno de propaganda de su empresa que le vio un día, con bloc de notas incorporado, pero a Esteban se le olvida. A.M.M. cree que no quiere regalárselo. En la parada del Bannesto se suben las dos dependientas del Corte Inglés y ni Esteban ni A.M.M. ni el gordo de la cartera despellejada que hay al fondo le quitan ojo. Son dos modelazos y ninguna pasa de los veinticinco años. Van llamando la atención. Para comerles el coño con una cuchara, dice A.M.M. Esteban se baja y A.M.M. sigue seis paradas más. La puta charcutería está en la otra puta punta de la ciudad, sólo los héroes son capaces de madrugar tanto para trabajar en una charcutería de barrio. De un barrio que ni siquiera es el suyo.

Cuando llega, Celestino está abriendo el cierre metálico. Puntual, no se quejará. Ya le estaba tocando los huevos tanto llamarle la atención por llegar tarde. Hoy habrá tranquilidad en lo que respecta a eso. A.M.M. no soporta que le regañen como hace Celestino. Sonriendo, tranquilo, como a un niño bueno al que hay que corregir ciertas pequeñas faltas. No le queda más que darle una palmadita en el cogote. Pillín, pillín, que eres un pillín. A.M.M. preferiría que se cabreara como se han cabreado todos los jefes que ha tenido. Que no le grite, eso sí. Si le grita le estampa un hostión, se traga el grito. Pero coño, que se le vea en la cara esa, esa cara de gilipollas que tiene, que le revienta que llegue tarde a trabajar. El tío va de finolis y de educado porque ha montado el negocio en un barrio bien, en un residencial, como él dice. Celestino es de esos que no quieren ponerse a la altura de los ordinarios, y luego la caga cada vez que abre la boca. *Indición*, dice, y *poblema* y *pien* y *medecina* y *celebro*... A.M.M. por lo menos habla bien. A.M.M. no tiene un Audi, como Celestino, pero habla bien. Le da cien vueltas hablando. Nano le sujeta los candados mientras el jefe corre el cierre con mil fatigas, por-

que se atranca. A.M.M. da los buenos días a Celestino y a Nano. Entran. El jefe enciende luces mientras Nano y A.M.M. se quitan las cazadoras para ponerse las batas, en el vestidor. Le cuenta lo del albañil y el gitano de las obras que están haciendo en su calle. Nano dice que le tenía que haber dado con la azada y haberle partido las piernas. Celestino trajina en las neveras. Qué raro. De sacar el género siempre se encargan A.M.M. y Nano. Qué coño querrá ver el jefe en las neveras. Celestino llama a A.M.M. Lo lleva a la oficina. Le da el sueldo. Es verdad que hoy es día de cobro, pero por qué tan pronto. Estás despedido, le dice. Tranquilamente.

A.M.M. decide tomarlo por la parte buena: ahora es libre y tiene dinero. Puede regresar a casa y meterse en la cama y despertarse mañana por la noche o puede vagar por ahí o puede hacer lo que le salga de la polla. Maricarmen va a sufrir cuando lo sepa. Se echará a llorar y dirá que son desgraciados, que... ¿Cómo dijo aquel día? Que la vida nos muerde. Y le preguntará qué van a hacer ahora. Como si él lo supiera. Y mirará a su hijo... Pero todo eso será después. Por el momento es libre. Todo el planeta cree que, a estas horas, A.M.M. está trinchando embutidos y envolviendo las rodajas en papel encerado. Que se jodan. Quiere ver los patos. Al menos antes había patos en el estanque verde y hediondo que hay en este parque. Un negro lo llama cuando camina por el paseo anaranjado de otoño, quiere que le compre algo. Vende gorros de lana, bufandas, pañuelos, paraguas... Va a llover, va a llover, dice el negro con su acento africano. Compra paraguas, compra paraguas. Es cierto, puede que llueva. Parece ser que el negro todo lo dice dos veces. A.M.M. se compra un gorro de lana negro que lleva unas letras blancas en inglés. Le pregunta al negro qué significa. Chico bueno, chico bueno, responde con una sonrisa. Le gusta, él es un chico bueno, aunque lo hayan despedido por comerse la mercancía. Hay quien hace cosas peores. El negro le entrega un espejo para que se mire con el gorro puesto. Te queda bien, te queda bien. Es verdad, me queda bien, me queda bien. El negro no lo engaña. A.M.M. saca del bolsillo de dentro de la cazadora el fajito de su sueldo y le paga sin regatear. Mil quinientas. El negro le da el cambio, una moneda muy fría, las gracias, las gracias se las da dos veces sin dejar de sonreír. Ahora, A.M.M. lleva la cabeza calentita. Le estaba haciendo falta un gorro como este, empieza a hacer frío, lo nota en la cabeza, en el cuero cabelludo casi desnudo. Maricarmen lo rapa al cero, es peluquera. Ahora no tiene

trabajo, lo dejó porque el niño está malo. No permite que le crezca el pelo ni un centímetro. Lo hace para fortalecerlo, porque empezaba a caérsele, tonsura como los frailes ya tiene. A.M.M. continúa paseando, con su gorro puesto, a juego con el color de su cazadora casi nueva. Debo estar atractivo, piensa, debo estar chulo. Lo está. Una mujer lo mira al cruzarse con él. Le ha gustado, parece. No es joven, cuarenta y tantos, y es guapa. No le ha sonreído ni le ha hecho gesto alguno, pero A.M.M. está seguro de que le ha gustado mucho a esa tía madura. Te sienta muy bien el gorro que llevas, le dijo y lo besó en la boca, un morreo con lengua. Él también estaba desnudo, como ella. Sólo llevaba puesto el gorro negro con las letras blancas. Chico bueno. ¿Bueno en la cama?, le preguntó la mujer y le agarró la polla con su mano delgada y caliente. Se puso a jugar con su troncho. Ni siquiera ha probado el café al que ella lo ha invitado en su casa tras haberse conocido en el parque. Vamos, demuéstreme qué sabes hacer, le dijo la mujer. Lo miraba como una zorra de las películas guarras, relamiéndose, y en la cama hacía posturas de puta, de reputa. La penetró por detrás. Ella ardía. Se lo hizo salvajemente. A.M.M. se detiene y da la vuelta. Aún puede distinguir su abrigo marrón y la bolsa rosa que lleva la mujer en la mano, balanceándose junto a sus piernas. El negro al que le ha comprado el gorro lo saluda dos veces cuando vuelve a verlo pasar. A.M.M. sale del parque. La mujer, en la otra acera, se ha parado a comprarle cupones a un ciego enano. Sigue caminando. Tuerce a la derecha. Está casada y tiene dos hijos. La mujer sale a la avenida y cruza a la otra acera tras aguardar un momento el semáforo. Su marido está trabajando a estas horas, como A.M.M. para el mundo, sólo que su marido trabaja en alguna oficina. Una inmobiliaria, quizá. Tal vez sea el jefe. Sus hijos están en el colegio, uno. La mayor ya va al instituto, a primero de BUP. La mujer se dirige a su casa, no muy lejos. Ha salido a comprar algo. Acaso un vestido precioso. Lo lleva en la bolsa rosa. Ahora regresa a casa. Se mete por una de las anchas calles que parten de la avenida. A.M.M. va tras ella. La mujer del abrigo marrón camina deprisa. El abrigo, entallado, le sienta estupendamente, se abraza a su figura formidable. Tiene una hermosa cabellera castaña. Vuelve la esquina. A.M.M. hace igual cuatro segundos más tarde. Le duele la polla por la presión que le ejerce contra los vaqueros. Ella está sola en casa, no hay nadie que pueda molestarlos. Pueden follar todo lo que quieran, hasta caer muertos.

Pero la mujer de la bolsa rosa y el abrigo marrón entra en una cafetería. ¿Qué le pasa? ¿Por qué se entretiene? ¿Pretende hacerme sufrir? A.M.M. entra. Hay bastante gente. Se quita el gorro. La mujer se ha acercado a la barra y le está pidiendo algo a un camarero que tiene cara de imbécil. A ese camarero, A.M.M. podría pegarle semejante paliza como para tener ocupados durante meses a todos los médicos de todas las especialidades del hospital. Las dos marujas que hay al lado de la mujer de la bolsa rosa se van. A.M.M. ocupa su sitio y se apoya en la barra. Su codo derecho casi roza el de la mujer del abrigo marrón. El camarero le sirve un café con leche y atiende a A.M.M. Una cocacola. Ha de repetírselo, no se entera, una cocacola, una cocacola, debe ser sordo o gilipollas. La mujer lo mira un instante. No lo reconoce, no es el tío guapo del parque, no lleva puesto el gorro. A.M.M. paga su cocacola. Observa el perfil de la mujer. Se ha puesto a leer la portada de un periódico que hay sobre la barra mientras se toma su café con leche. ¿Por qué tiene que sorber esa basura? El café al que lo ha invitado en su casa es el triple de bueno. El café de las cafeterías tiene cucarachas que se muelen con los granos. La mujer del abrigo marrón bebe deprisa. Le urge follar con él. El camarero le da el cambio. Aquí tienes, Maite. La conoce. Maite se va. Y A.M.M. detrás, al cabo de dos segundos. Vuelve a ponerse el gorro. Le duele mucho la polla, necesita sacarla fuera. Maite se detiene en el portal de un bonito edificio y saca unas llaves del bolsillo de su abrigo marrón. A.M.M. acelera el paso, pero la puerta se cierra. Oye el portazo cuando apenas le falta medio metro para impedirlo. Espera un instante y mira a través de los cristales oscurecidos de la puerta. Maite ha subido en el ascensor, A.M.M. ve vaciarse hacia arriba el rectángulo de luz azulada. Pulsa un botón cualquiera del portero automático. Hay ocho pisos. No hace falta que diga publicidad, le abren sin preguntar. Cierra la puerta suavemente. Huele a ambientador de pino. Hay una portería sin portero. Se para a escuchar. El zumbido del ascensor se detiene, pero no puede saber en qué piso. No es muy alto, no obstante. Oye el tintineo de las llaves y, luego, una puerta abrirse y cerrarse pesadamente. Busca a una Maite en los buzones. Rosa M^a... M^a Belén... Antonia... Genara... Luisa... Aquí está, Maite. Sigue leyendo buzón por buzón. No hay más Maites. Maite Romero Sanjuán, se llama. Está debajo de un Francisco Pérez Moreno, el marido. Los hijos no aparecen en el buzón. Los padres de A.M.M. le pusieron a él en el buzón

cuando cumplió los dieciocho, fue un buen regalo. Maite vive en el 4º B. A.M.M. sube por las escaleras. No aguanta el dolor del pijo, es tremendo. A.M.M. se la casca en el tercer rellano con los dientes apretados, rápidamente, apenas un minuto. Sube el último tramo de escaleras y pulsa el timbre de la puerta B, una B grande y plateada, preciosa. El timbre tiene un sonido curioso, nada común. Es como una melodía conocida, pero A.M.M. no cae en cuál es. Se arregla el gorro. Le suda la cabeza, por la masturbación. Ve oscurecerse la mirilla. Maite pregunta quién es y qué quiere. A.M.M. pregunta si ella es Maite Romero Sanjuán. Responde que sí y vuelve a preguntar quién es y qué quiere. A.M.M. le contesta que desea tomar un café con ella. Ella no comprende. No aparta el ojo de la mirilla. Quién es usted. He venido a tomar café contigo, ya te he dicho. Tú misma me has invitado en el parque, Maite. A Maite se le asusta la voz y le dice que se vaya. A.M.M. le pide por favor que no se asuste. Ya me marchó, no te asustes, le dice y le pide perdón por haberla molestado. El piso es interior, caben pocas posibilidades de que lo vea salir del edificio. No obstante, A.M.M. llegó a la planta baja, abrió la puerta de salida y la dejó cerrarse para que lo oyera Maite. Todos identificamos perfectamente el ruido que hace la puerta de nuestro portal cuando se cierra. Esperó unos minutos antes de meterse en el ascensor y subió al último piso, el octavo. Desde allí bajó al cuarto a pie, silenciosamente. Tuvo que esperar menos de lo que él pensaba, apenas media hora sentado en las escaleras que llevaban al quinto, lejos del campo de visión de la mirilla de su puerta, aguardando a que ésta se abriera. Hasta que abrió. A.M.M. estaba seguro de que Maite terminaría saliendo de casa. Los vecinos, de tarde en tarde, subían y bajaban en el ascensor. Sólo en dos ocasiones oyó a alguien que ascendía por las escaleras, pero tuvo suerte, se quedaron en los pisos de abajo y no fue necesario que se moviera de allí. El ruido del cerrojo, cercanísimo, hizo que se pusiera en pie de repente y saliera de su escondite. Durante medio segundo temió haberse equivocado, que no fuera el cerrojo de la puerta B sino de la puerta A. Pero era la de Maite. Le tapó la boca y la metió para adentro otra vez, cerrando suavemente con una ligera culetada. La mujer estaba paralizada de miedo, no dio guerra, la llevó tranquilamente por un pasillo hasta que halló la cocina, una cocina muy bonita. Maite respiraba agitadamente, eso sí, y le estaba poniendo la mano perdida de mocos. Sin soltarla, A.M.M. abrió cajones en busca de un

cuchillo para matarla. Vio paños, cuadernos, pilas, pan, especias, dinero, una batidora, un fichero de recetas, sobres escritos, cajitas de colores, cubiertos... En el cajón de los cubiertos sólo había cuchillos de mesa, no le hizo falta remover porque estaban muy bien ordenados. Dónde coño están los cuchillos, le preguntó o se preguntó en voz alta. Los ojos de Maite se dispararon hacia la tabla en la que colgaban cuatro preciosos cuchillos para trinchar carne, de mayor a menor. Joder, si es un perro me muerde. El mayor de los cuchillos que Maite tenía en su cocina era un juguete comparado con los que él usaba en la charcutería, pero no lo necesitaba tan grande, al contrario. A.M.M. cogió el de hoja más delgada y condujo a la mujer hasta el fregadero. Los mocos de Maite le chorreaban ya por la mano con que le tapaba la boca. Eran unos mocos limpios, transparentes y calentitos, no daban asco. Estaba empalmado otra vez, ella debía estar sintiendo su polla dura en el culo. Le apretó la boca con más fuerza y le clavó en un ojo el cuchillo hasta el mango. A continuación introdujo rápidamente la cabeza de Maite en el fregadero, donde había un vaso sucio, para no ponerlo todo perdido. Estaba muerta. Sujetándola, A.M.M. le alzó el faldón de la bata amarilla que Maite Romero Sanjuán llevaba puesta y le arrancó las bragas.

Vuelve al mismo parque. El negro que le ha vendido el gorro lo saluda otra vez, sonriente. Pero qué negro más gilipollas. A.M.M. pasará el resto de la mañana mirando los patos del estanque. Cuá, cuá, cuá. Los patos son unos animales algo estúpidos. A A.M.M. le gustaría echarle mano a uno y estrangularlo. Busca en los bolsillos de su cazadora y saca una salchicha cruda, rosada. Acaba de recordar que la lleva desde ayer. Se la come, está sabrosa, tenía el estómago vacío. De momento, no va a volver a casa. Lo último que le apetece es explicárselo a Maricarmen. Que lo han despedido. La verdad es que ni siquiera le apetece verle la cara, ni a ella ni al niño. No es su hijo y A.M.M. nunca ha logrado sentirlo así. Bueno, al principio decía que sí, pero era mentira. Lo ha visto crecer y le ha importado una mierda que creciera. Es normal que un crío crezca, no hay que ponerse cursi como una vieja por eso, no hay que estar todo el día midiéndolo. Los niños crecen. A.M.M. a quien quería era a la madre, a aquella muchacha viuda que estaba tan buena, y no a la criatura. Luego se enamoró y todo eso. Al niño lo detesta, es un crío que le revienta, feo, baboso, gordón, rubio como un holandés, como su pa-

dre. Parece un marranillo, mejor estaría dando vueltas en el horno. A.M.M. a quien quería era a la madre y para tenerla tuvo que tragar con el crío, que entonces era un mico recién nacido. Ahora lo han despedido del quinto o el sexto trabajo en lo que va de año. A.M.M. tiene problemas. Y lo que un hombre debe hacer cuando tiene problemas es emborracharse. Se va del parque. Está hasta los huevos de mirar patos, que ni son graciosos ni nada, ni siquiera se mueven, el frío los tiene como tontos. Si ese negro lo vuelve a saludar, A.M.M. se caga en su puta madre. Tanta amabilidad le crispa. Y más tratándose de un negro miserable que seguramente lo odia por ser blanco. Si A.M.M. fuera negro odiaría a los blancos a muerte, por lo que les hicieron. Dedicaría su vida a secuestrar blancos y a torturarlos. Tanta amabilidad es falsa. El negro lo ha vuelto a saludar. ¡Hijo de puta!, le grita A.M.M. frunciendo los labios. Al negro se le corta la sonrisa y mira hacia otra parte, asustado. No le ha tirado el puto gorro a la cara porque le gusta mucho. Es la mejor prenda de vestir que ha tenido nunca. Le favorece y le calienta la cabeza. El otoño está creciendo esta mañana. Hace dos años y cuatro meses que A.M.M. no bebe. Desde que se casó. Dos años y cuatro meses son... unos ochocientos días sin pillar una cogorza. La última fue la de su despedida de soltero, con sus amigos, hace dos años y cuatro meses. Le prometió a su novia que sería la última. Se lo prometió antes de cogerla. Y lo ha cumplido. Pero hoy se acabó, hoy la pilla. A.M.M. pide al camarero un bolígrafo. Quiere saber exactamente cuántos días son dos años y cuatro meses. Hace la multiplicación. Vaya bolígrafo gordo, así no se puede escribir. Salen ochocientos cincuenta días limpio de alcohol. Le devuelve el bolígrafo y le pide al camarero un coñac. Uno, dos y tres. Todo para adentro. Ya no hay vuelta atrás. Aguanta, aguanta. El primero es el que destroza, te achicharra vivo. Los demás ya entran suaves, como si fueran Trinaranjus. Ya se le había olvidado lo deliciosamente asqueroso que está el coñac barato. Adiós, señora abstinencia, ha sido un placer conocerla, pero ya se me estaba haciendo usted algo pesada. A.M.M. piensa beberse ochocientos cincuenta copas de coñac. Uno por cada día sin catarlo. Y cuando esté como una cuba volverá a casa y matará a su mujer y al crío. Después se entregará a la poli y se suicidará en los calabozos aunque sea a cabezazos contra las paredes. Ochocientos cincuenta copas de coñac dan para eso y para más. Ya está borracho y sólo lleva tres copas. Le faltan ochocientos cuarenta y

siete. A.M.M. busca en los bolsillos de la cazadora. No hay más salchichas. Si ya lo sabía, ¿para qué busca? Le gustan mucho las salchichas crudas, casi nunca le faltaban unas cuantas en los bolsillos, cuando trabajaba. Pero se ha quedado sin ninguna. Tenía que haber cogido salchichas antes de largarse. Bueno, tampoco hace falta que se beba las ochocientos cincuenta copas seguidas. Tiene mucho tiempo por delante. Y dinero como para ir a sitios finos y no a bares infectos como este. Hola, señora borrachera, buenos días, es como si no hubieran pasado los años por usted, vieja amiga. A.M.M. paga y se larga por salchichas a la charcutería.

A Nano le sorprende verlo aparecer. ¿Qué quieres? Comprar salchichas, quiero. ¿A qué se entra si no a una charcutería, a rezar novenas? Charcutería Perales, se llama esto. Dios, me he pasado cinco meses de mi vida en un lugar llamado Charcutería Perales. Qué asco me doy. Pero qué bien huele aquí, cojones. Era lo mejor del trabajo, el olor. ¿Y el jefe, dónde coño está el jefe? Celestino ha ido al banco, aquí al lado, vuelve ya mismo. A.M.M. quiere hablar unas palabras con él. Nano le aconseja que no la lée. Le recrimina con sorna la borrachera que trae y le pide por favor que se vaya y no arme follón. Calla y dame una ristra de salchichas, le dice A.M.M., luego se señala la cabeza. Mira el gorro que me he comprado, ¿te gusta, mariquita? Y se lo traduce, chico bueno. Nano es feo, delgado en extremo, y negruzco de pellejo. La chupa estupendamente. Durante un tiempo se ganó la vida así, y es un experto chupapollas. No tiene más que dieciocho años. A A.M.M. le contó que a los doce hacían cola los amigos de su hermano a la puerta del cuarto de baño, donde Nano los iba apañando uno a uno. El hermano era el portero, cobraba cuarenta duros la mamada del pequeño. Un par de años después se largó de casa y estuvo por ahí dando tumbos. Dice Nano que comiendo pollas bien comidas no se muere uno de hambre y que en todas partes hay tíos buscando adolescentes callejeros como él. En Madrid, en la Casa de Campo, llegó a tener muy buena fama, tanta que entre putas, chaperos y travestones le dieron una paliza y lo expulsaron de la zona. No se puede destacar tanto. Cuando le contó todo esto, A.M.M. le dijo que quería saber por qué sus mamadas tenían tanto éxito, y le pagó una. Nano se la chupó en la cámara frigorífica. Y sí, joder, sí, el chavalito es un profesional, toda una puta experimentadísima. Y no como si las pollas fuesen biberones, que es lo que cree su mujer y lo que creen muchas tías. Nano se la siguió chupando

por dos mil pelas cada vez que A.M.M. lo requería, cuando la tienda estaba tranquila. Una tarde, qué risa, Nano salió a atender a una vieja con la boca llena de semen, sin decir ni mú. La vieja le preguntó si es que era mudo, él que sí con la cabeza y A.M.M. muerto de risa en la trastienda, limpiándose la polla con una loncha de jamón. A su espalda se abre la puerta y Nano mira para otro lado. A.M.M. se acojona un poco. ¿Otra vez por aquí? Celestino acaba de entrar. Si un empleado de un negocio de A.M.M. se come lo que A.M.M. se ha comido en la charcutería, A.M.M. también lo hubiera echado a la calle sin contemplaciones. Eso lo reconoce, pero no es el caso, mala suerte. A.M.M. ha llegado a pegarse verdaderas tripadas. Sobre todo de jamón y salchichas de las frescas, que son su locura. A casa ha llevado embutidos diciendo que los pagaba. Así durante cinco meses, desde el primer día. El primer día de trabajo, en cuanto se fue el jefe, ya se pegó un banquete ante el atónito Nano, que no había visto a nadie comer de esa manera, dijo. ¡Y crudas! Aquel primer día de trabajo en la charcutería, A.M.M. no había desayunado, ni cenado la noche anterior, eran los malos tiempos. Engordó bastante, y Maricarmen y el niño también. Pero Celestino llevaba un mes poniéndole trampas, contando salchichas cuando se iba, contándolas cuando llegaba. Anoche les dijo que le dieran un fregado a la trastienda, eran ya las ocho y media, y se largó con el número de salchichas que había en las neveras. Esta mañana las volvió a contar. Pero es falso que anoche A.M.M. se comiese una docena y media, sólo se comió media docena, el resto se las llevó, invitó a un par de ellas a un perro callejero de su barrio, el Tuba, muy cariñoso, tres o cuatro le dio al San José, un mendigo que A.M.M. conoce, y el resto las frió Maricarmen y se las cenaron el niño y ella. Esta mañana, tras pagarle el sueldo, Celestino le ha dicho con toda la tranquilidad y hasta la dulzura del mundo que es su ruina y que eso él no podía consentirlo. ¿Y por qué él y no Nano, o los dos? Seguramente Nano le ha chivado algo, pero qué más da, Nano es maricón. Celestino tenía la carta de despido preparada. A.M.M. la ha firmado sin rechistar, porque cuando hay razón, ¿qué hace uno? Celestino es joven, algo mayor que A.M.M., pero joven. Está casado con una gorda que más de una vez le ha tirado los tejos a A.M.M. A.M.M. lo mira a los ojos y advierte una chispa de cabreo en ellos, un cabreo que se quiere abrir paso entre su habitual tranquilidad. Es increíble. ¿Qué quieres?, le pregunta. He venido

a comprar salchichas, ¿qué pasa, no puedo?, le responde. No, no puedes, hay más charcuterías en la ciudad, vete a otra. A.M.M. sigue algo acojonado, pero eso se quita pegándose con Celestino. Quiere pegarle y que le pegue. A él no pueden despedirlo de un trabajo con tanto sosiego en el ánimo. No lo soporta. Mejor a hostias. Los anteriores jefes de A.M.M. tiraron la basura al contenedor cuando se libraron de él. Don Rafael, el dueño de la floristería donde A.M.M. era el chico del reparto, lo llamó de todo cuando se enteró de la que armó en el velatorio de un cabrón que fue alcalde del pueblo en el que A.M.M. nació y que en tiempos de Franco puteó a al padre de A.M.M. todo lo que quiso. El Celestino este es un tibio, pero vamos a ver hasta qué punto. No me da la gana de ir a otra charcutería, ¿te enteras, so mierda?, me gustan las salchichas de aquí. A.M.M. sabe que con este tío, el tiro puede salirle por la culata. Celestino está fuerte y él, muy trompa. Celestino le mira con fijeza el gorro, como si le gustara. Lárgate, borracho. Ya está la pelea servida. A.M.M. tiene un motivo para dar el primer golpe. Lo ha llamado borracho. ¿Qué me has llamado?, le pregunta. Que te largues, anda. Ahora, A.M.M. tratará de acojonarlo de verdad, de acojonarlo tanto como está él. Se quita el gorro de un tirón. Nano, dame un cuchillo, que lo voy a abrir en canal. A mí no me llama borracho ni mi puta madre. Celestino le dice a Nano que llame a la policía. Tiene miedo, ha logrado meterse con eso de pedir el cuchillo. Esto me pasa a mí por contratar gentuza, dice el jefe. Siguen encarados. ¿Qué me has llamado? Repítelo si tienes cojones. ¿Qué me has llamado? Celestino no lo repite. Nano, llama a la policía. Nano, el cuchillo. Pero Nano no hace nada, está tan asustado como A.M.M. y como Celestino. Si se la chupara a los dos, lo mismo les sosegaba las ganas de matarse que tienen y triunfaba el amor sobre la violencia, el esperma sobre la sangre, el orgasmo sobre la ira. A.M.M. no sabe y se pregunta por qué coño ha tenido que venir. O le mete una hostia a este tío o se arrodilla y le pide perdón. Uno, dos, tres. No se lo piensa. Ya está hecho. Le acaba de pegar un puñetazo en toda la jeta a Celestino. Por haberlo llamado borracho y gentuza. Ahora no hay que perder ni un segundo. Como le dé tiempo a reaccionar, lo mata. Celestino está contra el cristal del mostrador, doliéndose. Si ahora entrase un cliente, puede que esto no pasara a mayores. A.M.M. debe agarrarlo por el cogote y golpearle la boca contra el borde del mostrador. Eso o esperar a que llegue Nano a separarlos.

Se supone que a un hombre al que le derribas los dientes contra el borde del mostrador de su propio negocio, ya le puedes hacer de todo. Cegarte y pegarle la gran paliza. Pero Nano no llega a separarlos, en realidad no se ha movido de detrás del mostrador, será porque tampoco hay nada que separar. Y Celestino llora con la cara escondida entre las manos, como un niño llora. Llama a la policía, Nano, llámala. Nano no se mueve. Le da lástima el jefe, se le ve. Par de maricones. Ahora es la mía, piensa A.M.M. Va a hacer que este tío se cague la pata abajo. O que se revuelva y lo mate. Está tan caliente que se le ha pasado la borrachera y todo. Se le ha quemado el alcohol. Cago en la puta, Nano, dame el cuchillo, que lo voy a degollar. Nano, llama a la policía. Nano, el cuchillo. Nano, la policía. Nano, el cuchillo. Nano, la policía. Nano... Parecen un par de gilipollas. Celestino más, porque llora. A.M.M. se va hacia él y la emprende a gorrazos contra su cogote hasta que Celestino se escapa y se mete en la trastienda, chillando. La tranquilidad que siempre ha manifestado no era más que cobardía, A.M.M. acaba de comprobarlo. Un escudo para que no se le viera lo mariconazo. Pero ahora sí que ha de largarse, en la trastienda está el teléfono y la comisaría, a un paso. Vente conmigo, Nano, sal de esta mierda, le dice. Nano se lo piensa un segundo. Se quita el mandil. A.M.M. se pone el gorro. Espera, coge un par de ristras de salchichas. Y vámonos a celebrarlo, me cago en la hostia. Nano se ríe como una rata gamberra.

Nano se la chupa en los servicios de señoras de un bar al que han entrado, lejos de la charcutería, por el casco antiguo. Han venido hasta aquí en la moto de Nano. A.M.M. necesita sacarse el miedo del cuerpo. Apenas eyacula, lleva hoy tres con esta. Nano dice que le sabe rara la polla. Me sabe a muerta, le explica A.M.M. mientras le paga. Salen y piden dos lapos de coñac a la tía gorda que hay tras la barra. Son los dos únicos clientes y la tía gorda los mira como si supiera lo que han estado haciendo ahí adentro. Los mira como a un par de asquerosas mientras les llena dos copitas de mierda. La tía va en camiseta de manga corta y se le marcan los pezones. ¿A quién querrá poner cachondo, con lo gorda que está? Tiene cara de subnormal, además. He dicho dos lapos, oye, protesta A.M.M. ¿Y qué son lapos, si puede saberse?, pregunta la tía gorda en tono cansado. Como si estuviese harta de que los clientes le pidan cosas raras. Él le explica que un lapo es un copazo, coño, y la tía corrige su error en dos

vasos de caña, porque copas más grandes dice que no tiene. Da igual. Nano se enjuaga la boca con el primer sorbo, porque le sabe a muerta, pero no lo escupe. Hoy tengo que beberme ochocientos cincuenta vasos como este, le cuenta A.M.M. a Nano. Uno por cada día que he pasado sin beber. Ya te dije que yo antes bebía, ¿no?, y que lo dejé. Pues he vuelto hoy. Nano se ríe como un niño tonto. Este es el cuarto coñac que me meto, pero voy a beberme ochocientos cincuenta, te lo juro por mis muertos, Nano, así que no te rías, maricón. A.M.M. se termina el coñac y pide otro, golpeando la marmolina con el vaso. Llena aquí, guapetona. Y a mi amigo también. Mientras la tía gorda les sirve, A.M.M. le dice que está para comérsela, mirándole las tetas. ¿Quieres que te dé un botellazo en la cabeza, bonito?, amenaza de mala hostia. Nano se parte de risa. A.M.M. abre las manos en señal de paz. Vale, vale, tranquila, no quería ofender. Se ríe con el muchacho, que lo mira como a un loco gracioso. Voy a por el quinto, chaval, le dice. Nano bebe. Es más feo cuando se ríe, con ese narizón, con esa pelusa en el bigote, con esos granos en las mejillas hundidas. A veces, a A.M.M. le han dado ganas de hincharlo a hostias, por feo, pero no lo ha hecho porque un poco lo quiere, lo aprecia. Él y la camarera harían una pareja monstruosamente perfecta, piensa A.M.M. mirando a ambos. Qué feo eres, Nano, le dice. Riéndose, el muchacho saca del bolsillo trasero del vaquero un fajo de billetes. He cobrado, tío. Vale, pero eso no quita para que seas feísimo. Nano se bebe el vaso de coñac a grandes tragos y se ríe. Eres más feo que una mierda pinchada en un palo, Nano, hijo mío. Nano se parte de risa, es un desgraciado, se sujeta al mostrador para no caerse de la risa que le da eso de que A.M.M. lo llame feo. La camarera, desde el fondo, los mira fijamente, muy seria. A.M.M. se ha vuelto para mirarla mientras Nano se descojona. Le damos asco, piensa A.M.M. Está deseando que nos vayamos. Son las tres. A.M.M. debería estar en casa, comiendo. Espera a que el chaval se calme un poco de la risa para pedirle el móvil. Oye a Maricarmen decir diga. El crío llora al fondo del móvil de Nano, un aparatito así de pequeño. A.M.M. no encuentra el botón de colgar. Estrella contra el suelo el teléfono. No salta en mil pedazos, pero cuando Nano lo recoge, el móvil está cadáver. Si será bruto, oyen a la camarera gorda. Coño, tío, mi móvil, dice Nano, a medio reírse, a medio echarse a llorar. Le ha roto su juguetito. A.M.M. se bebe el vaso de coñac. Pide el sexto. Nano le trastea a su móvil

y finalmente opta por reírse. Total, si no me llamaba nadie, dice, y se descojona. Es gilipollas. En el trabajo no se reía tanto. Debe ser el coñac. Nano tira el móvil al suelo, le da un puntapié, lo manda bajo una mesa y pide que les llenen los vasos. La camarera dice que nones. ¿Y eso?, pregunta A.M.M. Porque yo huelo a los tíos que terminan metiendo follón, y vosotros apestaís, estáis a un paso de liaros a hostias el uno con el otro, y aquí no quiero peleas. Oye, cacho cerda, le contesta, apestar apestarás tú, ¿te enteras?, que estás más gorda que... Suena un vozarrón y sale un tío de la cocina del bar con una porra de madera en la mano, una de esas porras tan graciosas en las que pone Libro de Reclamaciones. El vozarrón ha dicho me cago en vuestros muertos, ya estáis pagando y saliendo de aquí a la voz de ya. Claro, así la tía demostraba tantos cojones. El tío de la porra es una torre y lo tienen al lado. Nano se ha pegado a A.M.M. Aquí hay que dialogar, A.M.M. tampoco quiere peleas, por hoy ya está bien. ¿Usted sería capaz de verdad de abrirnos la cabeza con eso?, le pregunta A.M.M. al tío de la porra. ¿Quieres comprobarlo?, le pregunta el tío de la porra a A.M.M. No lo va a hacer. A.M.M. acaba de vérselo en la mirada, acaba de advertirlo en el olor manso que despide el de la porra. Es un farol. Este tío no le ha pegado a nadie en su vida. Joder, que hacen falta muchos huevos para golpear la cabeza de una persona con una porra. Que no es tan fácil. Eso se hace cuando uno está ya ciego de rabia, o de miedo, o de drogas, o de mono, pero este gigantón no lo está, sólo está cabreado. No me pegará. Sí, venga, pégame, le dice A.M.M. Y le ofrece la cabeza, con el gorro puesto. El tío de la porra lo coge del brazo y lo saca del bar a empujones diciendo que chulerías con él ni una. A.M.M. tenía razón. Ni siquiera los ha obligado a pagar los coñacs. Ese tío era muy noble y muy buena persona, piensa A.M.M. Si existe Dios, que Dios lo proteja y le siembre la vida de rosas. Y si no, que se joda.

El coñac le ha soltado la pluma a Nano, la pluma que A.M.M. no le había visto nunca. Borrachos por la calle, Nano les mariconea a los jovencitos de su edad con los que se cruza. Les dice cosas referentes a sus ojetes. Deja en paz a la gente, a ver si te van a dar dos leches, le recomienda A.M.M., quien camina con dificultad. Tanto tiempo sin beber le ha destrozado el aguante. Es como si ya llevara en la sangre las ochocientas cincuenta copas. A.M.M. se deja caer en un banco. Es público y también está hecho para él, aunque moleste. Se pone a comer

salchichas mientras Nano se queda de pie, tambaleándose, bailando en mitad de la acera, si es que es bailar eso que hace. Algunos transeúntes evitan pasar cerca de él, como si fuera unapestado, y miran a A.M.M. sin aceptar que alguien con un gorro negro coma salchichas crudas en un banco público de la avenida. Que os follen, piensa. Y a continuación lo grita. ¡Que os follen! ¡Que os follen! ¡Que os follen! ¡Que os follen! Nano se sienta a su lado diciendo calla, calla, calla, y le tapa la boca. A.M.M. tiene en la boca un gran pedazo de salchicha a medio masticar. Se le cuelga hacia la garganta, atragantándolo. Nano se ríe como un loco y aprieta su mano contra la boca de A.M.M. Calla, calla, calla, calla. A.M.M. quiere toser y se ahoga, se está ahogando. Quitá la mano, joder, ¿no ves que se está ahogando? Calla, calla, calla. No puede hablar, no puede levantarse, no tiene fuerza, tanto tiempo sin beber no le ha traído nada bueno, en efecto. Calla, calla, calla, calla, calla, calla. El muchacho lo está asesinando. Dice calla y se ríe con esa risa de mariquita borracha, le tapa la boca, le sujeta el cogote, le da besos en la frente y en los ojos mientras tumba a A.M.M. de espaldas en el banco. Calla, calla, calla. A.M.M. trata de respirar y no hay nada que respirar y siente la masa de salchicha atrapada en su garganta. No sale, no entra. Está atascada justo en el agujero por el que vivimos. Pero cómo tiene este muchacho tanta fuerza, cómo pesa tanto que no puedo quitármelo de encima, siendo tan flaco, piensa A.M.M. en mitad de su asfixia. Calla, calla, calla, calla... Es que se está muriendo. ¿Parará algún día Nano de decir calla, calla, calla? Él simplemente bromea, el coñac lo ha vuelto loco. Y A.M.M. se muere. Está encima de él, en el banco, completamente echado sobre él, vaya un espectáculo están dando. Calla, calla, calla, calla, calla... A.M.M. advierte de pronto que su mano, no sabe cuál, está debajo de la entrepierna de Nano, nota el volumen de su paquete en el dorso. Gracias. Vuelve la mano y le aprieta los huevos con la poca fuerza que le queda, que le deja la muerte, pero con la suficiente para que Nano le destape la boca de una puñetera vez. Mientras Nano se duele chillando en el suelo, A.M.M. tose y vomita chorros de alcohol tumbado de lado en el banco. El tapón crudo de salchicha rosada acaba de salir despedido, él ha sentido el taponazo como si hubiese sido su corazón. El aire con sabor a banco de madera recién pintada entra ruidosamente en su pecho. Coño, me moría de verdad. Calmado el vómito, repleto de oxígeno, A.M.M. logra incorporarse. Tienen cuatro

espectadores, un niño y tres niñas que los miran con sus carteras-carrito del colegio. No se sabe si van o vienen. No se sabe qué hora es. ¿Qué os ha pasado?, pregunta un gafitas. Ése, que quería matarme, contesta A.M.M. Le escuece la garganta, su voz ha sonado como la de un viejo bebedor de cazalla. Nano se pone en pie con las manos en los huevos, gimiendo y disculpándose con A.M.M. Él se pone bien el gorro. La han jodido, un policía municipal echa a los niños, venga, pitando de aquí, y pregunta lo mismo que el gafitas, ¿qué os ha pasado? A.M.M. le responde igual, que han intentado matarlo. Nano lo niega todo, gimoteando. Los cuatro niños los siguen observando, ahora desde más lejos. Los pocos viandantes que hay a estas horas, qué horas, en la calle miran con curiosidad, tranquilos al estar allí la autoridad municipal. Una pelea de borrachos. A.M.M. se pregunta dónde estará su compañero, el del policía, siempre van dos, son unos cagados. Deténgalo, ha intentado matarme, se lo juro, repite A.M.M. El agente mira el charco de vómito con asco. Nano lo sigue negando todo. ¿Y a ti qué te pasa en los huevos?, le pregunta el guardia, viendo que no se quita las manos de ellos. Éste, que me ha dado un apretón, acusa Nano. Los niños que miran se ríen. Ha sido en defensa propia, se defiende A.M.M. El municipal se vuelve, indignado porque los críos no le han hecho caso. Nano aprovecha el descuido para echar a correr. El guardia no se inmuta, lo mira alejarse. Ande, váyase a su casa y duerma un poco, se sentirá mejor, le dice a A.M.M. A él le habla de usted, a Nano lo ha tuteado. Es un elogio. No quiero, responde A.M.M. Persiga usted a ese asesino, cumpla con su obligación. El guardia le sonríe como una madre. Haga lo que le dé la gana, pero no alborote, le recomienda. De pronto, a A.M.M. le da un vuelco el corazón y se mete la mano dentro de la cazadora. El guardia lleva la suya a la pistola. Tranquilo, hombre, le dice A.M.M. sacando el dinero. Es que creía que ese cabrón me había robado, encima. El agente menea la cabeza como pensando qué mierda de mundo, y se va a regañar a los niños, quienes se han pasado por el culo su orden de abandonar el lugar del crimen. A.M.M. echa a andar en dirección contraria a la que ha tomado Nano. Se da cuenta de que del bolsillo de la cazadora le cuelga media ristra de salchichas. Aplastadas. Las mete dentro. Qué ridículo. Y sigue caminando. La moto de Nano está donde la dejaron, entre un Land Rover viejo y un Twingo violeta. A.M.M. se la roba. Quiere darse una vuelta para despejarse. El aire en la cara,

la velocidad, le harán bien. Sale de la ciudad, toma la carretera de circunvalación, atraviesa barrios miserables y apelotonados, que se jodan, que trabajen, que se labren un futuro mejor, ja, ja. Se dirige a las Ruinas del Castillo. Desde aquí arriba se divisa la ciudad entera. Tampoco es mucho mérito, la ciudad es pequeña, la ciudad es una mierda de ciudad. Un sol agradable se derrama sobre ella y sobre A.M.M. Calienta el negro de su gorro de lana, lo hace sentir bien. La borrachera, tras la vomitona al borde de la muerte, se ha reducido a una mecedora somnolencia, a una sordera y a un vértigo tranquilo. Sentado en lo alto de la almena menos ruinoso de las Ruinas, solo, callado y quieto, podría levitar, si se lo propusiera, y sobrevolar la ciudad y después posarse donde le diera la gana, leve como una pompa de jabón. Podría posarse en el campanario de la Catedral, meterse limpiamente el pararrayos por el culo. Pero no tiene tabaco. Debió haber comprado cuando estaba ahí abajo. Estar aquí y así, pero sin cigarrillos, es una tragedia en la que procura no pensar. Voy a ser un vagabundo, se dice. A casa no volverá, ya está bien de fracasos. Se irá de aquí, de esta ciudad pequeña, y vivirá en los albergues de caridad y en las calles y en los metros de ciudades más grandes. Donde a nadie le importa que seas un vagabundo, donde ni te ven. Trabajaré aquí y allá, pero sin compromisos. Trabajaré para mí cuando me dé la gana y no trabajaré para nadie cuando quiera. Seré un vagabundo, seré un bohemio, iré a los parques y abusaré de las niñas. Sin un duro y con toda la libertad que no hay en los bancos ni en las cajas de ahorros. Lo jodido es que no tiene tabaco. Recuerda que arrugó y tiró el paquete vacío al salir del bar del tío de la porra. Ahora sacará de una máquina, se dice, pero en las Ruinas del Castillo no hay máquinas, sólo un viento frío, y altura, y A.M.M. no quiere moverse de la almena si no es para levitar. Está tan agusto así, quieto, solo, callado, mirándole la coronilla a la ciudad. Pensando. ¿Y las ciudades, qué pensarán de nosotros las ciudades? A.M.M., desde aquí, no tiene que mover la cabeza para ver entera la suya, su ciudad, entra toda en el campo de su visión. Las ciudades son continuamente criticadas, alabadas, denostadas. Es tema de conversión hablar de lo buena o lo mala que es cualquier ciudad, como hablar del tiempo, como hablar de tías. Pongamos que la ciudad tiene opinión y un brazo, aunque sólo sea un brazo, y que un día le dan la oportunidad de manifestarse como ser pensante y actuante. Las ciudades se despiojarían entonces, llevarían sus ma-

nos aquí y allá cogiendo de un pellizco a sus habitantes más cafres, más dañinos, y expulsándolos mediante un papirotazo. Alcaldes y concejales, los primeros. Hurgarían con sus dedos en las ventanas de sus propios edificios y arrancarían a la gente de sus camas y de sus mesas y de sus cuartos de baño. Hala, a la mierda. A él también, A.M.M. cree que la ciudad esta es una mierda. ¿Sí?, diría iracunda la ciudad, ¡pues largo de aquí! Y me lanzaría a los vientos. Dios sabe dónde iría a parar. Las ciudades machacarían con el puño sus fábricas más contaminantes y volverían a rellenarse, arrastrando la tierra y las piedras con el dedo, los agujeros que constantemente le están abriendo, como en mi calle, para repararle las venas en beneficio propio, de las personas, no de la ciudad. Mucha, muchísima gente saldría despedida, tal vez hacia otras ciudades, que también los arrojarían fuera, no iban a quedarse ellas con lo que otras han desechado. Sólo se salvarían los ciudadanos más cívicos, los que aman la ciudad en la que viven y la respetan y la desean cada día aún mejor y por eso usan las papeleras y recogen los excrementos de sus perros. Los despedidos de las ciudades por las ciudades construirían chozas en un pedazo de campo y esas chozas serían el comienzo de una gran ciudad imperial y tiranísima, habitada por resentidos, por verdaderos cabrones hijos de puta, los cuales se multiplicarían como los conejos, por camadas, para hacerse con más y más campo, con más y más planeta. A.M.M. necesita fumar, pero eso será después. Ahora, igual se impulsa hacia adelante, contra la ciudad, y se mata.